

carías Ortega, que me arreglaba el portalibros de madera —se me rompía todos los días— sacándose de los bolsillos clavos y una piedra, pues era muy previsor, para sujetar las correíllas. De los Sancho, Los Micó, Rafael Avilés, Onésiforo Sánchez-Mateos, Luis Carrero, los hijos de Victoriano Romero, Escelio y Manolo Comino, Enrique Muela, los hijos del Estudiante, Carreño, Manolo González... Y Abel, cuya amistad desde entonces se ha mantenido fresca y nos ha visto en situaciones difíciles. Aunque yo le llevo dos años, siempre estuvimos muy parejos en la escuela. Recuerdo que nos sentábamos en el mismo pupitre y una tarde él dibujaba copiando de una revista en colores. Yo traté de imitarle y cuando culminaba mi obra y la comparé con la suya, sentí un gran desconuelo porque sin duda yo no estaba llamado para ese arte. Porque Abel no sólo era inteligente ya entonces, sino que tenía talento, conceptos de la misma familia, pero de distinto rango. Abel dibujó siempre muy bien y pinta casi mejor, siendo curioso que cuando hace dibujo técnico lo hace con un toque artístico especial.

La tarde de un Jueves, Abel y yo caminábamos para jugar en las afueras. Hacía sol y el cielo estaba muy azul y corría una brisa fresca, tardes lejanas en flor. Al doblar el chimeneón y avanzar vimos a lo lejos mucha gente. En la casa de Ballester con su fachada de azulejos, las puertas estaban abiertas de par en par. En el pasillo se apretaban gentes carriacontecidas que entraban y salían. Una ventana está abierta y los chicos se encaramaban a los hierros para ver el interior. Nos asomamos Abel y yo. Y vimos. A Ballester muy delgado, barba crecida, piel cerulenta, larguísimo, dentro de una caja de maderas oscuras, los velones encendidos echando humo. Y unos lamentos hondos, agudos estremecedores, lejanos.

No hablamos, Reanudamos la marcha aligerando el paso. Traspusimos las barras; pasamos el segundo puente, el de Valcargao. La tarde seguía hermosa y plena de vida. Los pajarillos parlotaban revolando las siembras. No jugamos. Hablamos muy poco. Volvimos al pueblo por la Covadonga y el parque. Un muerto, el primero que habíamos visto en nuestra vida nos había turbado el ánimo. Durante unos días, cuando nos reuníamos, nuestra mirada se cruzaba y un nombre, que no llegábamos a pronunciar, acudía a nuestras mentes, el de Ballester, el primer encuentro de dos niños con la muerte.

Don Demetrio, con el tiempo, llegaría a ser víctima de su buena fama de maestro, y dejó la escuela cuando los años le habían quitado fuerzas para barajar y enseñar a los alumnos que seguían afluyendo a su escuela. El sacerdocio era en él su vocación y su nostalgia. Volvió a tomar los hábitos y se fue como párroco a Cózar, pueblecillo de la zona de Valdepeñas. Los Sancho esa gran familia, mantuvieron durante años gran amistad y contacto con Don Demetrio, y de cuando en cuando le visitaban y se comían juntos un conejillo con arroz, que guisaba aquél, gran cocinero. 'Creo que todos sus alumnos, tirios y troyanos, hubiésemos dado algo porque Don Demetrio terminara sus días en algún cuarto escondido de la Mancha, su tierra amada, enseñando su gran saber a los parvulillos de los campos'.

El sentido final del conmovedor relato de Angel Palmero Ugena pone fin a estos recuerdos de Don Demetrio que son vida alcazarena. Si el los viera se sentiría compensado de sus desvelos, como todo hombre que realiza un esfuerzo desinteresado y lo ve iluminado con el mas brillante resplandor. Toda siembra ha de ser pródiga y trabajosa sabiendo que una parte mínima ha de ser la fecunda pero que siempre es de tal calidad que basta y sobra para compensar las mas desmedidas ambiciones del sembrador.

Don Demeterio, fraile de vocación, les habla a los chicos para estimularlos, de otros discípulos anteriores que escalaban puestos en la estación. Lo mismo hizo el Sr. Bernardo. Es la satisfacción de todo espíritu paternal; echar la cometa y mantenerla en lo alto satisfaciéndose con verla de volar.